

## PERU: El Milagro. Junio 2017

Voluntaris de Mallorca



M<sup>a</sup> Angela Boqué. Pediatra

Después de días de preparativos llegamos a Trujillo en avión desde Lima, el viernes 2 de junio por la noche. El grupo lo componíamos tres personas de *Voluntaris de Mallorca* y tres de *Bona LLum*- La diferencia de edades de ambos grupos fue quizás una de las cosas entre muchas otras que dieron vida a nuestro viaje. La experiencia de los años se mezclaba de forma casi perfecta con la alegría y espontaneidad de las más jóvenes. Había corrientes de sentimientos y de ideas en ambas direcciones.

Fue bonito encontrar que en el aeropuerto nos esperaban Catalina Vallespir, monja franciscana con una serenidad y energía fuera de lo corriente y Esther, una joven voluntaria de Mallorca que por segundo año pasaba unos meses ayudando en el Colegio.

Nuestro hostel de la primera noche no resultó ser adecuado pero el cansancio del viaje hizo mella y lo superamos. Al día siguiente se hicieron los cambios del alojamiento y a partir de aquí todo funcionó. Esther con su paciencia y bondad fue una gran ayuda como amiga y guía en nuestros días en Trujillo. Conocimos a Margarita y Conchi, las otras dos monjas que comparten casa y trabajo con Catalina.

El primer día en Trujillo, sábado, hicimos nuestra primera visita al Colegio del Vertedero del Milagro, el objetivo más importante de este viaje. El recorrido hasta allí desde casa de las monjas, iba haciéndose más y más precario, la pobreza más y más visible. Casi llegados, pasamos por el lado de una prisión muy grande. Al ser sábado nos dijeron que esos días las mujeres visitan a los hombres presos. Hacen cola, falta poco para entrar. Muchas llevan una bolsa para su hombre (marido, hijo, hermano, quien sabe). Afuera hay un pequeño mercadillo. Las mujeres de la cola les llevan cosas, comida quizás. Las bolsas son todas amarillas: es una norma. Mañana, domingo, los hombres visitarán a las mujeres presas. Nos dicen que la cola es menor y que las bolsas son azules. Todo ello junto a la suciedad y la visión desastrosa del entorno ya nos da la primera sacudida.

A pocos 200 metros está el Escuela del Milagro y 50 metros más allá está el Vertedero "El Milagro". ¿Quién pondría este nombre a un lugar como aquel?



La puerta de la escuela es grande, de color verde oscuro. El recinto esta vallado. Entramos y allí empieza el verdadero "Milagro". La sencillez de las instalaciones, rebosan dignidad y paz. Todo está limpio y en orden, hay silencio. Los niños no han llegado todavía. Esta primera impresión del lugar perdurará hasta el último día. Ese muro que rodea la escuela y sus dos grandes puertas verdes ofrecen en su interior unas horas de vida digna a unos 300 niños. Los niños llegan y se van colocando en el patio en filas, por clases y después de unos recitativos conjuntos sobre la disciplina y la patria, que recuerdan épocas pasadas de nuestro país, entran en sus aulas. Los dos niños en silla de ruedas y Vanesa, una niña ciega, son ayudados con cariño por sus compañeros.



Las clases empiezan, todo está en orden. Los profesores sacan su mejor versión como personas pues además de enseñar conocen la tristísima situación familiar y social de cada uno de los niños. Aquí un esfuerzo adicional anónimo y silencioso de los maestros se palpa en cada actividad.

Las asignaturas se van complicando a medida que se avanza en edad, pero a la vez se van complicando las vidas e historias de cada uno de los niños. Para nosotros que llegamos de otra cultura, algunas de esas historias que nos cuentan están más allá de lo que podemos asimilar. Uno piensa “no puede ser verdad”, “no lo he entendido bien”. En esta realidad conjunta que forman maestros, profesores, directora, psicóloga, cocinera, Catalina, Conchi y Esther con los niños, ahí está “el Milagro”.

Uno de los objetivos de este viaje es valorar el estado salud de los niños haciendo revisiones al máximo número de niños que mi estancia permita. Me ceden un espacio donde hay una camilla. La báscula es la de pesar productos agrícolas grande, imprecisa y complicada para lo que yo necesito, pero no hay otra. El tallímetro es una cinta métrica que pego en la pared con cinta adhesiva.



Al pequeño lavabo no le llega agua. Alguien me prepara una botella de agua de dos litros y de vez en cuando, como puedo, me lavo las manos. Los primeros niños que exploro son los más pequeños de 3 y 4 años. Su maestra una persona encantadora, dulce y con una paciencia infinita me informa de algunos detalles de los niños que ella tan bien conoce. Alguna historia que me cuenta es espeluznante. Algunos lloran, otros están serios y asustados. Quizás nunca nadie les había mirado los oídos, la garganta ni auscultado el corazón y los pulmones.



Con un caramelo intento ayudarles a quitarse el susto. Funciona. En la primera mañana de mi trabajo empiezo a hacerme una imagen de lo que voy a encontrar. Niños en general con peso y talla media-baja, muy pocos obesos, algunas cicatrices de heridas y picaduras, algunas caries, pero ninguna otitis, ni amigdalitis ni asma tres problemas muy prevalentes en los niños de nuestro país. La camilla se va ensuciando de un polvo fino marrón que nos va a acompañar hasta el último día: es el polvo que ha dejado el lodo que lo invadió todo en las graves inundaciones del mes de febrero.

Cerca de mi lugar de exploración las tres alegres voluntarias de *Bona LLum* empiezan las exploraciones oftalmológicas después de montar un práctico espacio para ello. Estamos en marcha y nuestro objetivo, aunque no es el mismo va en la misma dirección. Nos apoyamos mutuamente.



Llega la hora de la comida y comemos en el Colegio de lo que Pilar, la cocinera, ha preparado para toda le escuela: Las cabezas de “chancho” (cerdo) que al llegar hemos visto que hervían en una gran perola, con arroz. Para algunos la comida es una de las dificultades añadidas del viaje, para otros no. Al final todo se supera. Este primer día nos coloca donde debemos estar: con ellos, comiendo lo mismo que ellos.



A las tres de la tarde la escuela se cierra.

Al día siguiente, domingo, no hay escuela y aprovechamos para visitar el “mar” en Huanchaco. Con un autobús que para cuando alguien lo pide y se llena hasta lo indecible, llegamos hasta el Pacífico. Parecía como que, al grupo, que veníamos de una isla, nos faltara algo si no veíamos el mar. Fue bonito ver a los peruanos en grupos de amigos y familias pasar las horas del domingo en la gran playa de arena gris casi negra, alegre y felices. A nosotros el mar, el viento, la comida de pescado y el sol nos dieron energía.



Los tres días siguientes, lunes, martes y miércoles, son los que tengo para seguir explorando la salud de los niños. Al final visito a unos 100 niños. Algunos, muy pocos, vienen con sus madres que han sido avisadas, algunas de ellas me aportan información importante del historial médico de algún niño con problemas. Si puedo les entrego algún medicamento.



Encuentro algunas enfermedades congénitas, dos niños con síndrome de Down, algunos problemas médicos que precisan consulta con un especialista, trastornos del lenguaje, algunos retrasos del desarrollo psicomotor y algunas deficiencias mentales y muy pocas enfermedades infecciosas.

Me falta información de los antecedentes de cada niño, sus enfermedades y problemas anteriores, su estado de vacunación. Esta valoración completa precisaría de otro planteamiento que implicaría a médicos y enfermeras de Trujillo con acceso a la información y al historial médico de cada niño.

Además de valorar el estado de salud de los niños busco más información. En cuanto tengo un rato me paseo por las aulas, veo interaccionar las maestras con los niños, algunas clases están muy llenas. Las paredes de las aulas llenas de color, son los trabajos de los niños alegres y llenos de mensajes. En el aula de los más pequeños les pregunto si saben cantar y como no... me cantan dos canciones, una en inglés. Me sorprende lo bien que lo hacen. Se dejan fotografiar, se dejan abrazar. Sigo mis paseos para encontrar información. Voy por el patio cuando salen a recreo, al Biohuerto y una amable profesora me explica lo que hacen. Las semillas de muchos vegetales ya han germinado. Las plantan en la tierra del Biohuerto con sus letreros correspondientes. Cree que yo puedo hacerlo en mi casa y me da unas semillas de coliflor. Voy al taller de carpintería: dos niños con un atento profesor acaban de hacer una estantería para libros. Voy al taller de pintura: otros dos niños están acabando de pintar una pared. Me sorprende la paciencia del profesor y la destreza de los alumnos. Son muy muy jóvenes. No pasan de los 12 años. Visito a menudo el taller de costura, la profesora tiene mucha paciencia y pasa mucho tiempo enhebrando las agujas de las máquinas de coser y resolviendo los errores de sus alumnas. Yuriko, de 15 años, sordomuda, es su alumna más avanzada. Me regala un mantel pequeño que ha hecho para mí.



En las clases de los últimos dos cursos, apenas hay más de 2 alumnos por curso. La realidad de la vida de los niños de esta escuela les aparta de la de la escolarización y se van perdiendo alumnos a medida que cumplen años.



Alguna vez me escapo a la cocina y miro lo que se prepara. Me admira la limpieza y el orden dentro de la sencillez de las instalaciones, pero por encima de todo el cariño con el que se cocina. Catalina junto con Pilar, la cocinera, son las artífices del desayuno y almuerzo que para muchos de los niños serán lo poco que comerán en el día. Me dicen que algunos por la noche sólo tienen pan. Me cuesta imaginármelo. Los menús se componen de productos básicos como frijoles, arroz, patata que van a veces acompañados de “chancho” o de vísceras. Un día comemos espaguetis.



En mis paseos por la escuela sigo haciendo fotografías y videos. Hablo con los niños cuando juegan en el patio. Ya nos conocen, les gusta que les hables y que les abracés. La risas y ruidos del patio son como en todas las escuelas. Las sonrisas y miradas de los niños nos demuestran que para ellos no hay culturas diferentes hay cariño y sinceridad.





A las dos de la tarde los niños se van. La escuela se vacía en poco rato. Afuera están esperándoles sus madres, padres, parientes o vecinos. Algunos se irán con vistosas moto-taxis, otros caminando entre basura que ha escapado del Vertedero: bolsas y botellas de plástico junto con otros montones de materia indescifrable.



Ese rato en que los niños se van observo lo que pasa afuera: los camiones de basura llegan llenos y vuelven después a pasar vacíos. Algún carro viejo con un perro famélico y un par de personas pasan también. Suben vacíos y vuelven llenos. Van a recoger miserias del Vertedero.



Nosotros vamos una mañana a ver que hay en ese triste lugar y al salir de allí Catalina nos lleva cerca de donde viven muchos niños de la escuela, pegados al Vertedero. La impresión de ese lugar indescriptible donde algunos niños con sus familias viven en un nivel que para nosotros no sería ni humano, es una de las más intensas y dolorosas de este viaje. El suelo de sus viviendas es tierra y polvo, las paredes y los techos son plásticos negros.



El último día sigo buscando más información y hablo con Verónica la psicóloga. Tiene muchos niños a evaluar pues muchos tienen problemas. Cree que falta mucha colaboración por parte de los padres que raramente van al colegio. Hablo con la directora que ha empezado sólo hace dos semanas. Me confirma la situación de las familias de los niños: son familias disfuncionales donde hay violencia, abusos sexuales, carencia de agua, de luz o de ambos. Algunos viven con sus tíos o abuelos. Algunos niños faltan a menudo. Hay desnutrición. También me dice que falta apoyo y colaboración de los padres, para ella es casi nulo. Tiene intención de formar una “escuela de padres” intentando encontrar padres líderes que ayuden a mejorar la situación actual. Sus funciones no van a ser fáciles, pero se la ve ilusionada. Le deseo suerte.

Catalina Vallespir, una luchadora que decide, apoya y con su energía logra que no falte nada, con la que pasamos muchos ratos me da información de muchas otras cosas: la cultura de Trujillo, las costumbres, los barrios, el país, los gobernantes, la economía, las últimas inundaciones, la historia del Colegio, las dificultades económicas, la manera como ella lleva años solucionando problemas. Me habla de los talleres. Ella cree que los talleres son caros pero que ayudan mucho en las salidas profesionales de los niños. El poder tener un certificado de estudios junto un certificado de los talleres será como podrán encontrar algún trabajo y salir de la desestructuración en la cual han crecido. Hablamos a fondo de la alimentación que se da a los niños. Me explica que tienen un presupuesto para la comida muy ajustado y me da una imagen aproximada de los menús. Se les prepara a menudo frijoles con arroz, y también a los productos básicos: frijoles, arroz y patata, se les acompaña una vez a la semana con huevo, una vez cada quince días con pollo y una vez cada quince días con atún. “Chancho” y vísceras por ser más baratos pueden prepararlos más a menudo. Algún día hay espaguetis. Por la mañana se reparte avena con agua. Leche tienen muy ocasionalmente.

Toca dejar Trujillo. El grupo de *Voluntaris de Mallorca* pasamos dos días en Cajamarca donde se revisan becas y se habla con algunas familias que las reciben. Cajamarca, una ciudad grande en la Sierra de los Andes, nos aleja de la caótica y activa ciudad de Trujillo. Nos sorprenden los andinos con sus rasgos, sus ropas y sus sombreros y estar a 2.500 metros de altitud tienen un efecto relajante que nos viene muy bien.



Desde Cajamarca volamos hacia Lima donde pasaremos dos noches con las monjas franciscanas. Se revisan becas. Antes de partir hacemos una visita a una casa donde ex presidiarios españoles son acogidos durante dos años, que son los que han de cumplir obligatoriamente al salir de la prisión, antes de quedar en libertad total y poder volver a España. Nos sobrecoge lo que vemos. A nosotras nos quedan unas pocas horas para volver y a ellos les quedan meses y miseria.



A nuestra llegada a Palma una sensación lo llena todo: vivimos en un paraíso.